IMAGEN EN SIETE TIEMPOS CLAUDIO RODRÍGUEZ: DE CONVERSACIONES Y SILENCIOS

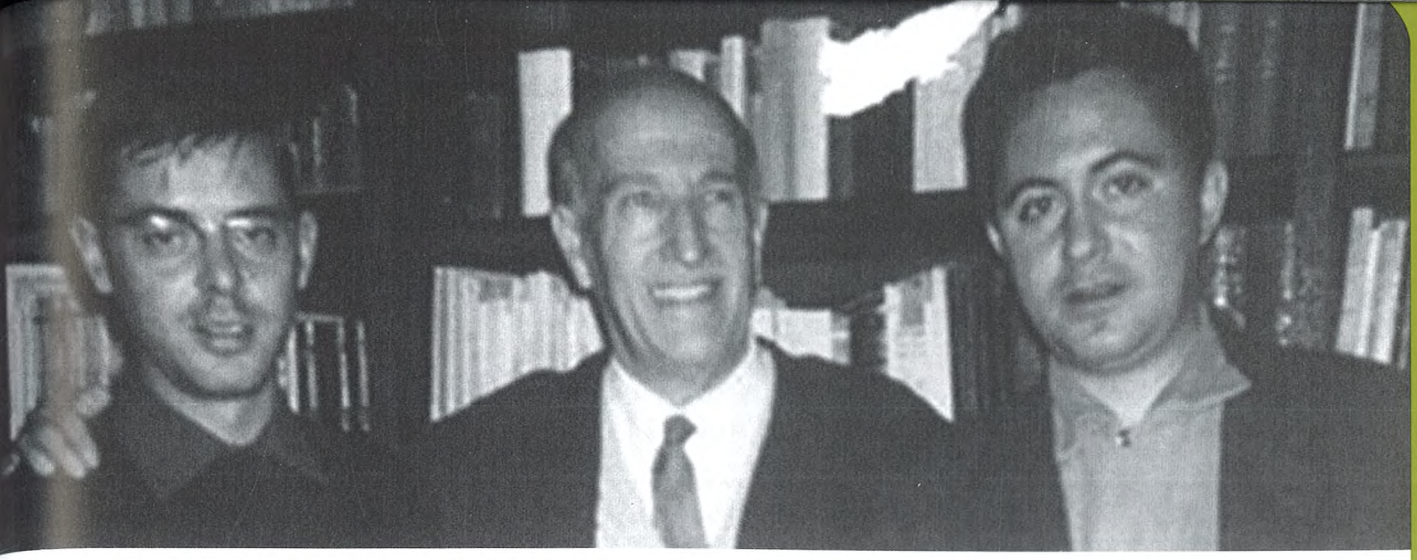
Jesús Hernández

I

Venía a lo lejos, con paso quedo. Eran las tres de la tarde, bien soleada, en abril y Madrid, y faltaba poco para que algún rechoncho mandarín acabase con sus laureados huesos en un santuario serrano, cuando los setenta. El fogueado y correoso director había aceptado la insólita propuesta del joven periodista: "una entrevista, que se publicaría en la edición del Día del Libro". El portero de la finca, colaborador –debió sentir piedad ante nuestra espera, ante nuestra perseverancia–,

nos avisó: "Aquel. Allí". Venía, con parsimonia, tal vez despreocupado –no era flema, no; era algo próximo a la cachaza del antiguo hombre de la gleba–, por el acerón de Lagasca, en el barrio recoleto y burgués. Había jugado un partido de pelota. Los ojos, claros, color inocencia y hospitalidad. (La mirada limpia redime la oscura realidad). Lo abordamos, ay la edad, con tímido atrevimiento. Entramos en una taberna cercana. Claudio se disculpó telefónicamente con Clara. "Me he encontrado con unos paisanos", dijo. Definitivamente: no. No iría a comer. Dejó a su esposa, contrariada, con la mesa puesta. Y comenzó a levantar la mano derecha (con el vaso, no; con el cigarrillo, sí) como si, al manotear el aire, buscase despejar un invisible horizonte confuso.

Como amaba la verdad de lo sencillo, Claudio Rodríguez dejaba la solemnidad para otros, profesionales de la máscara y de la cáscara. La verdad en la creación, en el trato, en el vivir. Como amaba la soledad pero necesitaba la compañía, daba algunos descuentos. Las requería por igual. Hablaba, entonces, de salvaciones, que tal vez son la perpetuación del espíritu, de los espíritus. "Me interesa la salvación de la materia, la salvación de la realidad. No en el sentido religioso, sino preservar las cosas existentes, elevarlas a cierto plano, en el que estén más claras, más limpias, más puras", confesaba. ¿Qué es la relación o afincamiento en la naturaleza, y sus misterios, sino religación? (En posteriores encuentros sacaría a relucir su "sentido trascendente de la existencia", sensación que "cada vez es más intensa"). Prosiguió: la poesía "es una aventura –porque tiene mucho de consciente y de inconsciente– controlada, en la que existe una contradicción... Es un método de apertura y de búsqueda, y no tiene mucho de lógica". Sobre el poeta: "si es auténtico, todo tiene coherencia, todo se domestica". El poema: "es un objeto; está hecho con palabras, no con ideas. Si alguien se lo pregunta, ¿qué ideas puede tener Shakespeare?". El método o la sistematización: "muchas veces la estructura de los poemas de los grandes autores, por ejemplo de Quevedo, puede parecer un poco monstruosa. Así que el poeta tiene el verso final escrito, entonces, a través de ese verso va construyendo un sentimiento, la emoción de sensorialidad". La conversación, entre tragos de vino tinto (bebía limpiamente, como si fuese sangre consagrada) y caladas al cigarrillo (parecía que se quemaba los pulmones con delectación: fumó siete cigarrillos en los primeros 45 minutos, y después perdimos la cuenta del dale que te pego al fumeque) liquidaba la tarde. "En España existen unos cuantos genios, pero el pueblo, ¿qué?", se preguntaba. El tabernero, ni caso, puesto un ojo en la puerta y otro en el televisor. A lo suyo. ¿Qué quedaba por decir? Dos cosas. Una: "La brillantez de la lírica española contemporánea. Lo sé de primera mano. Basta ver las traducciones a otros idiomas, las tesis sobre poetas



Vicente Aleixandre entre José Ángel Valente (a la izqda) y Claudio Rodríguez (a la drcha) en 1967

de mi generación y de la anterior. Esta poesía, hoy, tiene una categoría internacional, máxima". Otra: "es importante la reivindicación, aunque ya está haciéndose, lentamente, de los escritores del exilio, con una obra desconocida hasta hace poco y que, por circunstancias vitales, han escrito más allá de nuestras fronteras".

Después, para qué las prisas, nos animó a acompañarle a una fiesta, reunión o farra, en un "pub" de aquellos, de la premovida, a no sé qué hora, con la presencia de otros autores y de cómicos de alto papel. Dio algunos nombres. Que si Paco Rabal, María Asquerino... Y, porque entonces cumplíamos no sé qué deber con la Patria grande, y carecíamos de permisos para "viajes y pernoctaciones fuera de la Región Militar", nos acobardamos. No dimos un paso al frente. A saber lo que pensaría el patriota coronel de nuestro valor. (Compensamos aquella deserción con la compañía en otras noches de vino y parla)... Hubieron de pasar más de dos décadas desde la obtención del Premio Adonais –su madre, que había recibido un telegrama del jurado, le dio la noticia– para que su ciudad de meseta, amurallada en el tradicionalismo, se acordase del escritor a la hora de la presencia pública y cultural. Impartió una conferencia. Fue el 30 de enero de 1975, en la tribuna de la Escuela de Magisterio. Cumplía 41 años en esa jornada y leyó pasajes de *Don de la ebriedad*, tres poemas de *Conjuros* y uno de *Alianza y condena*, además de tres inéditos de *El vuelo de la celebración*. A la vista, al oído: su lenguaje sin artificio, aunque muy elaborado, disponía de una tensión o de una intensidad armoniosa. Magisterial.

II

Entreabrió la puerta de la salita, y preguntó: "¿puedo entrar?". Él denegó con un gesto firme. Clara, tan vivaz, obedeció sin rechistar. El poeta zamorano hablaba, en aquel momento, de la auto-indagación lírica. "Mirarse uno en su

propio espejo produce estupor y, al mismo tiempo, da la sensación de extrañeza". Posteriormente, apuntó como forense: "uno no puede hablar de su propia autopsia". Eran los primeros días de febrero de 1976. Ponía dos poemas, "A mi ropa tendida. El alma" y "El baile de águedas" (ambos de *Conjuros*), como símbolo de la "interpretación de la materia". El realismo "está en una función metafísica", y traía a colación a Quevedo cuando dice "¡Ah de la vida!..., ¿nadie me responde?". Y, también, evocaba un fascinante suceso vivido con Blas de Otero, en el "Metro" capitalino. "Tiene gracia. Le vi muy preocupado. Me dijo: ya he resuelto todo, Claudio. Le respondí: ¿Qué? Añadió: ¿has visto los letreros? Contesté: no; en fin, me he fijado, pero no lo he visto". Insistió: "antes de entrar, dejen salir... La vida: el nacimiento y la muerte". Y ponía, después, como imagen o representación de "la imposibilidad humana de conocimiento pleno de lo real", el poema "Brujas a mediodía" (*Alianza y condena*), que "parece una paradoja, con plena luz". O "La espuma", el elemento "más delicado o inasible del mar, que se muestra como encarcelado, como encadenado, pero huye y se salva". Y "Gorrión", pues "en su pechuga puede estar toda la miseria humana, todo el dolor del mundo". Es, volvió, "la interpretación de la materia". Rodríguez se apoyaba "en las cosas, que, a su vez, van en compañía del pensamiento". No creía en la razón o en la especulación "abstracta, sino en contacto con aquellas. Hay una participación entre las cosas, la realidad y el pensamiento a través del lenguaje". Y se apoyaba, también, en el hábito-conocimiento. "Toda experiencia humana lleva consigo una conciencia o una semilla de desilusión, de frustración o de fracaso. El amor pasa, la amistad pasa, la vida pasa. Lo importante es dónde se pone el acento". Pedagogía. "Un ejemplo: la manzana. Para saber, hay que morderla. Dentro está el gusano del tiempo, que la destruye. La experiencia se va a destruir, pero lo que importa es vivirla". Pero la realidad, cuando el poeta rescataba pasajes de su memoria, sólo era la capa más exterior. Él buscaba y hallaba la puerta invisible por la que accedía a lo trascendente. Así, lo sencillo se elevaba y alcanzaba una extraña luz. ¿Visionario? También.

Echaba de menos, en aquel momento, a los 40 años de su existencia, "vivir en el campo", porque morar en Madrid, "en esta especie de infierno de tráfico y de cemento", ruido y contaminación... Creía que "ir por la vida con sencillez", con llaneza y honestidad, era "lo más fácil y lo más difícil del mundo". Y no temía al ejercicio de la autocrítica, en un país más propenso al airado desahogo que a la serena confesión. "Mi vida no es nada moral, desde luego que no. Qué le vamos a hacer. En el sentido de poner acentuación a ciertos valores humanos, sí". No le inquietaba, como a tantos, la desnudez psicológica, aunque la ejercía

con pudor: "Yo no soy un ser puro", si bien procuraba ser "sincero". La vida no concede inmunidad. "He conocido el dolor, he conocido la inmundicia"... Echaba de menos la presencia de "sentimientos negativos" –el odio, la mentira, la envidia, el rencor– "en la literatura española, tal vez por la influencia religiosa". Para él, resultaría "interesante efectuar una exploración sobre esta cuestión". Después, siempre antirretoricista, ironizaba: "yo no me considero un intelectual de profesión", que es oficio, y sobre todo presencia, perseguido por tantos.

Había una atenta forma de escuchar en el zamorano. En las conversaciones periodísticas –años setenta, ochenta y, más aún, noventa; en esa veintena de encuentros, en Madrid y Zamora– sobre su obra, donde el realismo cumple o está a expensas de una función metafísica, nunca interrumpía al interpelante. Matizaba, asentía, discrepaba o se alegraba cordialmente ante lo sugerido. A veces se producía en él una especie de acendramiento en la escucha, tal era la concentración intelectual. Y, entonces, aunque al final, solía repetir una frase (con muy ligeras variantes): "estamos hablando improvisadamente". El lector debía saberlo. También acostumbraba a decir, como un intento de apoyo (o corroboración) a alguna de sus teorías o aseveraciones: "una frase que yo tengo en la memoria...". Y, acto seguido, citaba con naturalidad y precisión –sin alarde egotista– a autores ingleses o franceses en sus lenguas originales.

III

Hay que celebrar la existencia. (La ebriedad también es utopía, pero no quimera). Lo confesaba en cada encuentro. Celebrar=salvar. Salvar=pervivir. Era una de esas ideas, bien elaboradas, que reiteraba, aunque no abundase en posteriores esclarecimientos o explicaciones. También lo hacía cuando faltaban pocas horas para su proclamación como "hijo predilecto" de Zamora, en diciembre de 1988. Nos llega nítida su voz ligeramente nasalizada. "Celebrar la vida a través de todas las circunstancias: desde el dolor, desde la muerte, desde la alegría". Festejar con el sufrimiento, la derrota o la angustia a la puerta de la casa. ¿Cómo antigua ofrenda? Y descubría, en una de sus excursiones al recuerdo, que el robo de un cáliz de una iglesia zamorana (¿tal vez San Torcuato, su parroquia, y no un templo románico del Caserío Antiguo?) y su posterior enterramiento en un parque de la ciudad, cuando niño, "con 11 ó 12 años", no hallaba causa en su memoria. ¿Por qué lo hizo, en pleno fervor del nacional-catolicismo, cuando "la sotana y la badana", el incienso y el duro recencio? "Quizá por una cosa de rebeldía", de fe incierta, de enfado contra el mundo o sus prebostes. ¡Ay, las heridas de la niñez

desengañada, sin paraíso cobijador! Fracasó, después, en su intento de recuperar el vaso litúrgico. Pasó el tiempo, "años, y, por curiosidad –había que hacerlo muy en secreto, intenté encontrarlo". Excavó. En vano. "¡No aparecía!". En vano, sí. "¡Me han estafado!". El escritor conocía el sitio exacto, "existía un césped allí, y nada". La autoridad eclesiástica no puso el grito en el cielo ni organizó actos expiatorios. Nunca denunció robo ni confesó pérdida. Por prudencia, por cobardía, por ignorancia de su patrimonio litúrgico. La documentación diocesana, consultada, no da fe de la irreverencia o profanación. Fue "un sacrilegio infantil". En aquel lugar se situó, en 1951, una antigua Puerta (la intitulada "del Pescado"), formada por un arco de medio punto, y se colocó, en su centro, una cruz en recuerdo a "los caídos por Dios y por España" en la Guerra Civil de 1936-39. Las posteriores remodelaciones desnaturalizadoras de ese espacio urbano, con prestaciones municipales y dineros europeos, sólo descubrieron restos profanos, sin memoria. Lo habían estafado. Tan temprano... Quién sabe si ahí surgió su curiosidad por la leyenda y los posos históricos como fuentes creativas.

Hubo, desde el principio, una conciencia alerta. Claudio otorgaba un alcance, o quizá valor, ético a la existencia, y tal hecho le aproximaba a "cierto temblor religioso", nunca confesional o ritualizado en liturgias. Aparecen importantes elementos de esa simbología en su obra. Como de su temprana contemplación de la finitud, acentuada al final, aunque el don es un entusiasmo que no conoce mancha. El poeta, muy callado para sus sentimentalidades, nos revelaba en uno de los diálogos que la muerte de su padre, en marzo de 1947, con un gran impacto emocional, le clarificó "la manera de ver la vida". Y ver es estar, sentir, participar. A veces: una forma de catarsis. El carácter comenzaba, en ese momento, a través de una crisis –otra se produjo en 1974, tras el asesinato de su hermana María del Carmen–, a adquirir su temple. Y avisaba esa conciencia denunciadora de la obscena mentira y de la suciedad.

IV

La Hiniesta (la Estación ferroviaria, los tesos de plantas ralas, los rastrojos cerealistas), Fresno de la Ribera, Montamarta... Abría los pulmones al aire sano, veía cruzar las nubes por el cielo, seguía el vuelo de los gorriones o de las golondrinas, miraba las estrellas en la noche oscura recostado en una parva de tostado grano, escuchaba los limpios sonidos de los laboreos (y él comenzaba a sacar brillo a las palabras más humildes, que guardaba en la memoria, con las imágenes nunca adulteradas) a la luz del fuego conciliador, contemplaba la aparición del sol

Deddy (D. K.), Claudio Rodríguez y Clara Miranda en Cambridge en 1963 (foto atribuida a Francisco Brines)

rojizo y de la mañana tibia en el surco abierto y lleno de tempero, percibía que la solidaridad también es salvación. Aquello ya era una forma de ebriedad, de alianza, de celebración, de aventura. No era caminante ni peregrino. Era andariego. Y el andariego (por linderas de enraizada grama, entre sembrados, porque la vida siempre está a la intemperie; por eso resultaba tan difícil seguir su estela), captador de imágenes y de ritmos, también era bailón y enamoradizo (ay, los pechos inhiestos y olorosos a trigo de las muchachas) en aquellos días juveniles. Y taurófilo: al menos, ocupó asiento en el tendido de sol cuando los toreros Carlos Arruza y Luis Miguel Dominguín (septiembre de 1945) y los novilleros Julio Aparicio y Litri (junio de 1950), quienes ya aguantaban, paraban y mandaban, torearon en el coso zamorano. ¿Sólo limpia bohemia? Fue, quizá, un superviviente de la edad paradisíaca. Ya daba, por entonces, gran importancia al azar, que no es una lotería pero sí es muy caprichoso.

El zamorano, de mirada anticipadora, se sintió afincado en la naturaleza de su tierra. Regresaba a ella, se acercaba a escuchar las confidencias del Duero –los sonidos que transporta, tan musicales en las azudas, "me acompañan siempre, como si fueran mi aliento, mi respiración; es algo físico y espiritual"–, aparecía en el estudio del escultor Abrantes –el situado en la avenida del Mengue, donde se presentó con Otero en el verano de 1954, y, después, el instalado en la calle Sacramento– o ya asomaba a la puerta del bar "La Reja" –y Agustín de la Viuda, amigo, le amonestaba paternalmente–, paseaba mucho por los alrededores de la soledad, veía despuntar la mañana en el bosque de Valorio y ponía el oído a la creación. Alguna vez se cruzó con García Calvo y su manifiesta canción antitodo, siempre lírica. Una tarde lo dijo en voz alta, con emoción aturdida: "mi vida habitó, y se desnudó, y se alumbró, mirando a la muralla: abierta, cerrada". Eso: abierta, cerrada. Era proclamado, aquel 24 de junio de 1989, "Hijo Predilecto" de su ciudad: la del alma, la del espíritu. Alentadora y acusadora, redentora y con-

denadora. Hablaba de "sensaciones" y de "vivencias", de pisadas y de latidos, de espacios despejados y de esquinas cortadoras de vientos, de ábsides románicos y de rejas celosas de un tiempo novicio. Y, con eso, "oír, sobre todo, el lenguaje vívido y el tono musical, oral", porque el pueblo habla, ahí donde lo ves, con metáforas. El poeta se reconocía "en la necesidad que siempre he tenido de mi tierra. Y no por beneficio, desde luego". Cierto. "Días perdidos" y "días ganados". Fielatos a las puertas y campo abierto. Cuántas veces elegía la contemplación de la urbe desde las afueras, con mirada clara, sintiéndose "huésped" y no "vecino". Recordar y olvidar, ganar y perder. Compañía y soledad ("si es un vicio, es el máximo que tengo", nos desvelaba).

El afincamiento moral no era, pues, el olvido. En un tiempo y en un burgo hechos de conformidad, donde casi todas las gentes dormían –las otras se dedicaban, tal vez, al patriótico estraperlo–, él cruzaba las puertas de la Cerca y los puentes en soledad. Conoció el daño grave, el dolor intenso, la tristeza honda, el menosprecio obsceno. La malsana y cobarde crueldad en tierra de lobos. "He notado la malicia humana". Sufrió la vileza de unos cuantos, de quienes la practicaban en manada. "La malevolencia está muy latente, muchas veces, en las relaciones humanas, y anula o impide la generosidad, la entrega, la sinceridad". Ah, esas almas caritativas de la "ciudad del alma", levítica y semanasantera, de hachones y velones. "Hubo cierto momento, sí, en que determinados núcleos de personas intentaron apagar mi vida, o modificarla, o molestarla". Él procuraba no "prestar caso" a tales acciones, y desoía comentarios y mofas. "Te causa daño quien ve que puede herirte". Se le oyó en el dolor: "No vengo a ver caras, sino el río, el casco antiguo, la tierra". Sin embargo, siempre generoso, siempre dadivoso, acababa: "yo le debo mucha gratitud y salud a Zamora". Siempre condescendiente o disculpador de yerros o faltas.

Asumía el pasado, que el recuerdo transforma o intenta apagar, aunque sin caer en la falsa actitud pesarosa. "¿Qué voy a hacer?", nos explicaba en noviembre de ese año (1989). "Para mí, el arrepentimiento es muy sano". ¿Porque reconcilia? ¿Porque se hace cargo del desacierto? Destruía tópicos abstemios. "En Guipúzcoa, ¿cómo jugar a las cartas, con los pescadores, bebiendo agua? No puedo. En primer lugar, me echan". Pero no: "In vino veritas", no. Mentira. Achispada mentira. "Cada vez que he intentado escribir y he tomado alguna copa de más, he escrito tonterías, tan absurdas…". Advertía, por si acaso, contra las idealizaciones: "No soy un santo varón. Todo lo contrario". El escritor utilizaba la ironía para las propias flaquezas: "Uno, en vez de ir eliminando sus posibles defectos, cada año tiene alguno más". Sin embargo, su conciencia no percibía "de manera intensa"

tentaciones como el rencor o la envidia. Cierto. Tampoco ocultaba su cercanía a lo popular: "mis amigos suelen ser de clases sociales bajas", aunque fuese un cumplidor académico. Lo había escrito: "Eugenio de Luelmo", aquel "tío Parrondo", "tan entregado a los demás", que era "como una especie de aparición, de milagro humano". Seres así, en estado de gracia natural, edénicos sin saberlo, le conmovían. Tampoco escondía su anti-elitismo. "La cultura no puede identificarse solo con los conocimientos de una minoría. Tiene que servir para algo. Está en relación con las costumbres. El timbre vital de un país está vinculado a la cultura en un sentido muy amplio, como fundamento de una sociedad. No se trata de exhibicionismos y alharacas, sino de cosas más profundas".

Claudio no era sumiso, sino individualista en su solidaridad. "Siempre he ido a mi aire, consecuencia –muchas veces– de mi vida en soledad" y, tal vez, de la ausencia de hijos. Pasaría hoy, en algunos aspectos, como políticamente incorrecto. "La libertad consiste, muchas veces, en la renuncia... Hay muy pocas cosas dignas de creer en ellas... El hombre no busca la verdad, sino la comodidad... La amistad es la obligación de hacer algo". A fin de cuentas, no era nostálgico, sino utópico: "el hombre ha ido perdiendo, poco a poco, raíces. Y da la sensación de que esta sociedad se halla muy erradicada de los contenidos fundamentales de la existencia".

Era muy reservado, sí, para sus cosas, para sus intimidades, pues sobrevivió a muchos naufragios. Le importaba mucho la interioridad, que no blindaba pero si velaba. O protegía. Recordar suponía convocar al dolor, tan alevoso a veces. Entonces cambiaba su gesto, que se tornaba grave. Sus ojos, tan abiertos, escondían como una tristeza nunca curada. Más de una vez nos dijo: "no debía responder a esta pregunta". Más de una vez. Ofrecía, no obstante, su visión sobre lo demandado. "En mi caso, la familia de sangre apenas ha existido. El sentido familiar lo he adquirido, sobre todo, a través de la familia de mi mujer. El sentido de la mía ha sido muy intenso, pero no ha existido comunicación entre nosotros por razones vitales". Desdichas varias. El mundo interior le salvaba de esas adversidades, impedía la rendición... No conocía doblez: ésa era su fortaleza.

V

Vivía intensamente cada circunstancia, con una pasión pura, con media azumbre de entusiasmo, y la palabra se hacía luz sonora, como nueva, sin máscaras o celajes. Bien templada, madura, libre, provechosa al sentimiento. Por eso el recuerdo -¿acaso no somos la infancia y la memoria?– latía en ella, evocadora

de "los bocadillos de aquel chocolate de posguerra, que era harina oscura", del dulce de membrillo y del "chorizo arruinado", de escasa sustancia vitamínica. O, también, las visitas en bicicleta a los pueblos comarcanos, las partidas de mus o el juego de la rana. En aquellos días de la adolescencia desamparada, donde las emociones y los arrebatos convivían con las angustias, nos confesó, se dedicaba "a vivir profundamente". Escribió su primer poema, cuando bachiller aventajado (la consulta del expediente académico así lo refleja, con "matrículas de honor" en los cinco primeros cursos: obtenía las calificaciones más bajas en Dibujo y Educación Física, y no se esforzaba mucho en Conferencias Patrióticas, antecedente de Formación del Espíritu Nacional) y de afición futbolera (sobresalía, como espigado centrocampista, por su excelente técnica, con "buena izquierda"), en el homenaje de despedida a un profesor de Historia del instituto zamorano, Eliseo González Negro. "Seguramente, el trabajo era muy sentimental y muy malo", advertía. El texto, prehistoria de la prehistoria (aquella "Nana de la Virgen María", aparecía el 26 de diciembre de 1949 en la portada del viejo "Correo", entre noticias sobre indulgencias, fervores y reverendísimos purpurados), no nos ha llegado, por destrucción o extravío.

De ahí, también, el recuerdo de la vigilancia policial tras las revueltas estudiantiles de febrero de 1956 en Madrid: le detienen –caro pagó su compromiso, pues figuraba como integrante de la comisión ejecutiva del Congreso de Escritores: "me golpearon brutalmente; no lo sé con exactitud, pero quizá esa paliza me salvó de otras cuestiones mayores, como la cárcel–, le sueltan –ya medido de arriba abajo– y se va para su tierra. Por entonces, días grises, casi toldados, se ordenaba y se mandaba mucho y se veía la pacífica disidencia como declarada hostilidad. "Mi madre pensó que iban a fusilarme". Regresó a Zamora, observado de cerca. "Dos policías", nos rememoraba, "me seguían. Yo, como era muy andariego, sólo hacía que caminar por el campo. Y los otros, pobres, lo pasaban…". Un día, el Viernes Santo (19 de abril), con las procesiones en las calles, con los caperuces dándose de cruces, "les dije: ¿por qué me persiguen, si yo no hago nada?". Y me respondieron: "nos ha dado usted una paliza tremenda a andar". Y ya tomamos unos vinos juntos" en una taberna de barrio, que era pueblo de verdad, como samaritanos. ¿Acaso no es una escena cinematográfica, de aquel neorrealismo o del otro realismo mágico?

Y es que Claudio era así: fiera o limpiamente humano. En grupo, a veces, parecía estar en otra cosa, que desatendía la conversación, y de repente aparecía con una frase categórica –nunca dogmática– sobre el asunto del que se discutía. Alguna vez aparecía aquella sana radicalidad de la mirada limpia, que reunía

Francisco Brines, Claudio Rodríguez y Deddy (D.K.) en Cambridge en 1963 (foto de Clara Miranda)

firmeza + contundencia. No era hombre de medias tintas, no consentía con los enjuagues críticos o la calculada tibieza analítica. Como la ocasión aquella, en la capital leonesa. Participaba en un coloquio el 31 de mayo de 1985, en el I Congreso de Literatura Contemporánea en Castilla y León, y mostró su desacuerdo con todo el mundo. Al menos, con la media docena de los reunidos en tertulia. Alguno, al final, comentaba: "cosas de Claudio". El, sin embargo, nos decía poco más tarde: "es que no se atreven con la verdad". O, también, unos años antes, cuando –muy enfadado– se levantó de la reunión del jurado del premio literario y amenazó con irse y "convocar a los medios de comunicación" si se otorgaba, amañado y bendecido, el importante galardón lírico al recomendado o patrocinado por un alto poder... Era así: había días que no lo sacabas de las tascas, cual si hiciese estaciones penitenciales, o abandonaba sigilosamente el parador de turismo de madrugada, y había días que no pisaba sino los sembrados. Dejaba la cama sin remolonerías y recibía a la vida entre dos luces, cuando el silencio ensayaba el canto orquestal de la naturaleza. O explicaba el quid de la poesía de Miguel Hernández a los señores académicos y, ya terminado el discurso en la recepción pública, se reunía con los amigos y otros allegados, y todos se iban directamente a una taberna que despachaba un mosto moro y bravo: había que celebrar la amistad. Pensaba que la poesía era, más que nada, participación.

VI

Casi una leyenda. Eso son. Algunas actitudes, algunos comportamientos de Claudio Rodríguez –el que no daba codazos para abrirse paso o camino y se mostraba piadoso con los que alargaban su cuello para que se les viera mejor– ingresan en esa particularidad: algo legendario. Como milagroso. Un día de finales de 1989, en otro encuentro, le formulamos una pregunta directa al buen catador

de madrugadas y amaneceres: "¿Has pasado muchas noches fuera de casa?". No rehusó la cuestión. "Sí, claro. Y no por circunstancias lujuriosas, sino por mis costumbres. Muchas veces. Varios días, varias semanas, haciendo mi vida solitaria". Temprano la vida al raso. Posteriormente, en el verano de 1991, admitía: "Yo no soy un hombre muy casero", aunque "últimamente estoy más tiempo en casa. Me gusta callejear, pero hago una vida muy provinciana, mucho más que en Zamora". Acudía al mercado, iba "a cuatro o cinco bares que hay por aquí", paseaba a la atardecida con Clara, releía... Definitivo: "en primer lugar, amo la naturaleza, el paisaje, que siempre está en contacto con las personas. Y amo, también, la convivencia humana, con sus manifestaciones de placer, alegría, dolor, sufrimiento".

Le propusimos inaugurar el Aula Cultural del periódico centenario, entonces católico a machamartillo, pero qué fe no conoce crisis, a ver. "¿Tú crees que soy alguien importante para nuestros paisanos?", nos dijo. El salón se llenó aquel 28 de junio de 1991, con la ciudad en fiestas, con músicas y danzantes, con túnicas y feriantes. El recital poético derivó pronto en lectura comentada (acerca de la presencia de la tierra natal en su obra, y su trascender la experiencia participada). Qué satisfecho aparecía cuando se apagaban las luces del recinto universitario. No puso precio a sus palabras... Volvemos a escuchar, emocionados, su voz sin tiempo: rotunda, a veces indecisa, desveladora. Su palabra: reposada (también practicaba el arte literario del sosiego). Las charlas eran largas, sin premuras o apremios, y el espacio informativo solía ser corto. Ya se sabe: la cultura es "cosa de cuatro gatos". De pelagatos. Mi-no-ri-ta-ria, a ver. "No vende, aunque adorne", pontificaban, "como...". Como un !goool¡ por la escuadra. Y los jefes, tipos verdaderamente agudos, no se equivocan así como así. Al menos, delante de los inferiores en jerarquía y gobierno. Por eso el material inédito se sumaba al material inédito, si bien alguno acabó perdiéndose. En esos relatos, la palabra de Claudio volvía a asuntos ya tratados, y muy queridos por el poeta –aunque las contradicciones nos acechan día y noche, el zamorano era muy poco contradictorio–, y a otros más novedosos. Desde la centralidad íntima. Sobre el dolor: "Puede aniquilar a la persona. Es lo más frecuente". La felicidad: "Es una cosa muy interior". Las antiguas nocturnidades: "En mi época de estudiante, la bohemia era una cosa normal. Existía mucha picaresca por la falta de dinero". De labios del zamorano también escuchábamos –en la capital y en su tierra, ante un vaso de vino o paseando, ante la notarial grabadora o el humilde cuaderno de notas, para diarios y emisoras de distintas ciudades–, confesiones, anécdotas, revelaciones. Hacía atinados retratos de otros escritores y académicos, siempre respetuosos pero desmitificadores.

Congreso de poesía en Segovia, 1952 (grupo de participantes entre los que están Vicente Aleixandre, Luis Rosales, Dionisio Ridruejo, Camilo José Cela, José Luis Cano, Concha Lagos, José Manuel Caballero Bonald, Fernando Quiñones y el joven Claudio Rodríguez, entre muchos otros)

VII

Los amigos –¿alguno, en el antiguo burgo, pone en su dni, como mayor mérito, "amigo de Claudio Rodríguez"?– no se fijan, a veces, en lo primero y principal. Tan cerca, y... El poeta recibió el homenaje de Zamora con la dedicación de una calle: la suya de correrías infantiles, con el sonido de campanas trinitarias y las nieblas de los sueños. Fue el 2 de mayo de 1994. Algunas palabras del escritor, que aparecía con signos de cansancio –sabía que la vejez no humilla, pero sí degrada, cual reflejan algunos aspectos elegiacos de su obra última–, pasaron desapercibidas. "¿Quién, o quienes, recordarán mi nombre el día de mañana? Pero aquí está la calle, y junto a ella, mi vida entera. Que esté siempre bien habitada y bien pisada. A pesar, o con mi rostro en perfil". Su última estancia en la tierra germinal y, en algunos aspectos, nutricia ocurrió en mayo de 1998, y disertó sobre "la salud en la poesía", cuestión tan quebradiza, en el Teatro Principal. Se refirió a las relaciones entre el cuerpo y el alma (materia que aspira elevación y metafísica que anhela alzamiento) en la producción lírica de varios autores contemporáneos. "La salud influye decisivamente en la creación artística". Para él, diagnosticado al final como hipocondríaco, los estados de euforia y de alegría "pueden ser superiores en creación", pues la luz ilumina más fielmente las estancias interiores. Rodríguez, desde el primer verso, convoca a la claridad a través de los sentidos... Dio un paseo, con Clara, lentamente, por la ribera del Duero. "Si tuviera dinero", le decía, "me compraría un pisito por esta zona". Y "a los dos días", ya en Madrid, "se notó

raro", nos explicaba su esposa. La enfermedad daba su hosca cara y él pronto se convirtió en un gran lector de prospectos farmacológicos, de léxico tan desnudo, y en bebedor de infusiones. Se convirtió, también, en puntual cronometrador de su tiempo.

Llegó el día que sucedió a aquel 22 de julio de 1999 a Zamora, la ciudad de cielos abiertos, con luz dolida. Muchos paisanos lo acompañaron hasta el cementerio, a las afueras del ruido. ¿No fue milagroso –casualidad o maravilla, cosa de bienaventurados o de brujas, fábula o signo– que unos niños descalabrasen a la muerte cuando la corona de flores, también "Un ramo por el río", lanzado desde el medieval Puente de Piedra, con el ataúd a hombros detenido, se puso al remanso de un islote, quizá para ver el alumbramiento de la resurrección? Estamos seguros: Claudio (Valentín Francisco), el de rostro amable y conciencia crítica –su palabra, lírica y armoniosa, nombra realidades y lava realidades trascendidas–, creía en el renacimiento de la luz hospitalaria, y cada vez se reafirmaba de manera más intensa. A lo mejor como expiación. Porque, ético, amaba la vida (respirada, contemplada, celebrada: identificada) y su materia, aún con sus miserias y putrefacciones. Y, nada solemne, menos aún apocalíptico, con ebriedad grande y participada, le diría a las altas sombras: ¿dónde está vuestra victoria? ¿Dónde? Solvet seclum. El ayer no es tiempo amortajado. La palabra también es inmortal. Entonces, fijo, veremos la primavera regresada, con el mejor tempero, hecha luz resucitada... Escuchamos su voz: "lo duradero es lo verdadero".

En el principio fue un don. Y nunca cambió. (Siempre fue el que era: heterodoxo sin estridencias). Claudio Rodríguez miraba a la cara a la claridad, que viene desde lo lejos, inundadora, y no le cegaba... Lo sencillo es lo milagroso.